



### EL CRISTIANO Y EL GENTIL.

PRIMERA PARTE, EN QUE SE REFIERE LA MAS firme amistad que tuvieron un Cristiano y un Gentil, y los varios sucesos que á entrambos acaecieron.

**C**oronado de laureles,  
sobre su dorado carro  
saiga el sol por el oriente,  
dando luz á lo criado:  
la luna con las estrellas  
ayrosa vaya brillando  
en la tenebrosa noche  
como reyna de lo vario,  
con los signos y planetas,  
varios pronósticos dando  
de la inconstante fortuna,  
que tropieza á cada paso;  
y las aves mas sonoras  
canten festivos aplausos,  
publicando por el mundo  
el amor mas bien pagado,  
la mas fina voluntad  
de amigos enamorados,

las mayores bizarrías  
que han cabido en pecho humano,  
que de sublimes favores  
se remonté á lo mas alto,  
que arrastra la voluntad  
de un amor idolatrado;  
cosa que admira y eleva  
al mas entendido y sabio.  
Paso pues á la sustancia,  
dándome su luz y amparo  
María, fuente de gracia;  
que con beneficios tantos  
podrá mi inconstante pluma  
escribir sin embarazo  
la historia que nos refiere  
Tomás, y yo mencionado  
lo hallo en David perseguido,  
en su primero tratado.

Habia en cierta ciudad  
(sin mas luz, que me dé paso  
para que pueda contar  
de sus jardines lo vario,  
de sus fábricas lo hermoso,  
la delicia de sus campos)  
un mancebo poderoso,  
tan noble como cristiano,  
cuyo nombre no declara,  
por oculto ó por extraño,  
á quien yo llamaré Félix:  
nombre feliz y adecuado,  
pues sus colmadas fortunas  
felice lo coronaron.

Y pues ya le he dado nombre  
á mi gusto acomodado,  
razon será darle patria  
dedicada por mi mano.

Y así digó, que en Mecina,  
puerto bien acomodado  
de las costas de levante,  
con aplausos celebrados  
vivía el noble Don Félix,  
muy rico y afortunado.

Tenia tanto comercio,  
que enviaba sus criados  
á tratar y contratar  
por reynos muy dilatados.  
Sucedió, que un hacedor  
de Don Félix, navegando  
por entre espumosas ondas  
del profundo mar salado  
por vender las mercancías,  
que llevaba de su cargo,  
llegó á la region de oriente  
y hallando conducto salvo,  
para comprar y vender,  
sin que recibiese daño,  
se desembarcó en un puerto  
de gentiles y paganos,

donde con un Mercader  
rico y muy adelantado  
en todas mercadurias,  
hizo generosos tratos.  
Era el dicho Mercader,  
aunque gentil, tan bizarro,  
que le hizo buen pasage  
con estilos cortesanos,  
Preguntó de donde era,  
nombre y patria de su amo;  
á quien luego satisfizo,  
como le fue preguntado.  
Gustoso con la noticia,  
pues ya se hallaba informado  
de sus buenos procederes,  
le envió con el criado  
un riquísimo presente,  
con ofrecimientos tantos,  
que agradecido Don Félix,  
volvió á enviar su criado  
á la patria del gentil,  
y en retorno al agasajo,  
le envió colmados dones:  
que en los ánimos bizarros  
siempre son las recompensas  
con beneficios doblados.  
Ya enlazada la amistad,  
el generoso Pagano,  
picado á lo liberal,  
no se quedó nada escaso.  
De tal suerte se cruzaban  
los presentes y regalos,  
que tan dilatados reynos  
no pudieron estorbarlos,  
hasta que viendo Don Félix,  
excesos de amor tan raros,  
por conoçer lo que amaba,  
viéndose desocupado,  
salió de su amada patria  
en un navío embarcado,

22.06.2

ostentando su grandeza  
con pages y con criados,  
surcando sal movediza  
de golfos tan dilatados.  
Llegó en fin á la ciudad  
de su amigo, que avisado  
fue luego de su llegada;  
el qual, sin mas dilatarlo  
lo recibió, y en su casa  
hizo aderezarle un quarto,  
conforme pertenecia  
á su calidad y estado;  
y á las primeras visitas  
se dieron finos abrazos,  
que alborozados los pechos,  
á los ojos se asomaron  
los placeres y alegrías  
con parabienes y aplausos.  
El Gentil lo cortejaba  
con tanto esmero y cuidado,  
que en espléndidos banquetes,  
en músicas y saraos,  
gastaban días y noches,  
sin reparar en los gastos.  
Don Félix; que agradecido  
se miraba tan pagado  
de la fina voluntad  
de su amigo, y que pasado  
era ya tiempo bastante,  
licencia le ha demandado  
para volver á su casa,  
dándole á entender los cargos  
de muchas obligaciones  
á que se hallaba obligado;  
y se alegrara llegase  
tiempo de poder pagarlo.  
A lo que el noble Gentil  
de nuevo le ha suplicado  
á Don Félix, se quedara  
mas tiempo, por ver si en algo

le puede servir, que en todo  
se reconocia escaso,  
porque nunca á un liberal  
le parece que hace harto.  
Mas viendo no haber remedio,  
que se halla determinado  
Don Félix para pasar  
á su patria decontado,  
lo llevó á una galería,  
donde tenia encerrado  
el colmo de sus riquezas,  
y tesoros extremados,  
y le dixo: amigo mio,  
ya que no puedo obligaros  
á que te detengas, toma  
de quanto presente te hago  
la joya que tu quisieres,  
y fuere mas de tu agrado,  
para que de mí te acuerdes,  
si mi amor te obliga en algo.  
Pero no le fue posible  
con ruegos ni con halagos  
el que Don Félix tomara  
nada; mostrándose grato,  
porque no se disgustara.  
Con que el Gentil mas bizarro  
echó el resto de su amor,  
teniéndose por ingrato,  
si Don Félix no llevaba  
á su tierra de su mano  
alguna prenda que diese  
de su fe los desengaños.  
Solicitó convencerlo  
con mas poderoso brazo,  
metiéndolo en una sala,  
donde tenia el milagro  
de siete nobles Doncellas,  
que de hermosura eran pasmo.  
Estas (le dixo el Gentil)  
beldades que ves pasmado,

el que sean mis mugeres,  
tengo ya determinado;  
y pues tesoros no quieres,  
porque los tienes sobrados,  
elige de estas doncellas  
la que fuere de tu agrado,  
para que propia muger  
sea tu dueño adorado,  
que por otro no lo hiciera,  
pues tu amor me obliga á tanto,  
y en pago de tu amistad,  
te la daré de buen grado.  
Don Félix que ya curioso  
las miraba con cuidado,  
eligió la mas querida  
del Gentil: pasmoso caso!  
Escogió la mas hermosa,  
un serafin humanado,  
ó sirena encantadora,  
que lo dexó todo helado.  
Suspenso el Gentil dudaba,  
su corazon batallando,  
viendo la eleccion que ha hecho;  
no lo tomó por agravio,  
disimulando prudente  
quanto pudo en este caso.  
Poniendo en una balanza,  
de la Doncella lo amado,  
le arrastró la voluntad  
de su amigo, aunque burlado  
lo dexó su mismo amor.  
Con apacible recato  
solo le dixo: sabrás,  
amigo, lo que he dexado,  
lo mucho que yo he perdido,  
lo mucho que yo te he dado.  
Pues esa Doncella noble  
es el mas idolatrado  
amor que me roba el alma,  
lo que yo mas estimado

tenia en mi corazon;  
llévala, y gozaos mil años,  
aunque yo viva muriendo.  
Y luego sin dilatarlo,  
le dió á la hermosa Doncella  
joyas de precio muy alto,  
con parte de sus tesoros;  
accion de un pecho bizarro.  
Hasta la propia marina  
el Gentil la ha acompañado,  
donde fue la despedida:  
uno muy alborozado,  
otro sintiendo la pena  
de haber dado lo que ha dado;  
pues el que da la muger,  
es dar tanto, que me pasmo  
tan solo en considerar  
lo fino de este Pagano;  
Don Félix con la Doncella  
gustoso y enamorado,  
la miraba con cariño,  
la trataba con agrado.  
Rendida á su voluntad,  
con felicidad llegaron  
á Medina, donde fue  
bautizada; y abrazando  
la sacra ley de Jesus,  
fue Flora, que en el sagrado  
jardin místico de Dios  
vivió, su ley profesando.  
Se desposó con Don Félix  
con festivos aparatos,  
y admiracion de la plebe:  
muy gustosos se gozaron,  
dándole á Dios muchas gracias  
por beneficios tan altos.  
Y en otra segunda parte  
dexaré finalizado  
en lo que vino á parar  
Don Félix con el Pagano,



SEGUNDA PARTE, EN LA QUAL SE PROSIGUE la historia verdadera de la mas firme amistad entre el Cristiano y el Gentil.

YA dixé, si bien te acuerdas, como el dichoso Don Félix celebró su casamiento con la discreta Doncella, que iluminada del cielo, dexó sus bárbaros ritos, siguiendo del Evangelio la verdadera doctrina de Jesucristo bien nuestro, gozando finas caricias de su enamorado dueño, que cariñoso y afable la queria con extremo y aumentando sus riquezas por puntos y por momentos, tanto que entre los Señores ocupaba el mejor puesto, servido de sus criados con alegría y contento.

No vivia de esta suerte el Gentil, que en este tiempo, viendose sin la Doncella, se dió todo al sentimiento, al pesar y las tristezas: melancólico y suspenso buscaba las soledades, sin admitir los consejos que sus amigos le daban, haciéndolo con extremos, con quejas y tristes ayes, todo en vano y sin provecho. Y olvidando de su casa los tratos y los comercios, se vido en muy breves dias de muy rico y opulento en las mayores miserias de pobrezas y desprecios. Con muchas necesidades salió de su patria, huyendo

de muchos acreedores,  
á quien debia dinero,  
pidiendo de puesta en puerta  
caritativo remedio,  
para sustentar la vida,  
abatió por extremo.  
Quexábase á la fortuna  
con penas y desconsuelos,  
mirándose tan desnudo,  
que era tropezon de necios.  
Viéndose de aquesta suerte,  
Dios que mueve los afectos,  
por aliviar sus fatigas,  
le infundió grandes deseos  
de visitar á Don Félix  
su amigo, á quien con desvelo  
le hizo tantas fiazas,  
como ya queda supuesto  
en la antecedente parte,  
con tan crecidos extremos.  
Por ver si lo remediaba,  
se partió luego al momento  
á la ciudad de Mecina,  
pasando en diversos reynos  
fatigas, penalidades,  
persecuciones, tormentos,  
que siempre los desdichados  
de fatigas se ven llenos.  
En fin llegó á la ciudad;  
y sabiendo por extenso  
donde Don Félix vivia,  
con vergonzosos deseos  
quiso verlo, y á la noche,  
por encubrir de su cuerpo  
la desnudez miserable,  
llamó á la puerta, y saliendo  
un criado, le pregunta  
lo que quiere; y al momento  
le respondió, que á Don Félix  
llamara que quiere verlo.

A lo qual le respondió  
el criado con despego,  
que si queria limosna,  
le daria algun dinero,  
que su amo no podia  
salir de la sala: y esto  
que fuera con brevedad,  
que hacia falta en su empleo.  
Entonces le replicó  
el Gentil con rendimiento  
y agradable cortesía:  
dígame usted, caballero,  
á su amo, que le busca  
un amigo de muy lejos  
reynos, que desea verle,  
si usted se sirve de hacerlo.  
Mas como lo vió tan pobre,  
lo despidió con desprecios,  
haciendo de sus miserias  
ultrages y vilipendios.  
Triste y lloroso el Gentil,  
sus miserias conociendo,  
al pórtico de una iglesia  
se arrimó triste y suspenso,  
por poder pasar la noche,  
anegado en sentimiento,  
afligido y pesaroso,  
de imaginaciones lleno,  
repasando de su vida  
los lastimosos progresos.  
Rodeado de fatigas  
se quedó entregado al sueño,  
quando allá á la media noche  
un famoso vandolero,  
sobre quitarle la hacienda,  
dió la muerte á un pasajero:  
y al pórtico de la iglesia  
arrojó el difunto cuerpo,  
sin que el dormido Gentil  
despertara; y advirtiendo

algunos que madrugaron,  
en los dos, y que uno de ellos  
estaba en su misma sangre  
envuelto, pálido y yerto.  
Dieron cuenta á la Justicia,  
y Alcaldes, los que vinieron,  
y hallando al triste Gentil  
bien descuidado durmiendo,  
á la cárcel lo llevaron,  
acompañándolo reo,  
y cómplice de la muerte,  
tan sin razon ni derecho.  
Y aunque pudiera negarlo  
con verdad, no quiso hacerlo:  
viéndose tan apurado,  
y abatido por extremo,  
escogió mas bien morir  
que vivir tan descontento:  
que un corazon despechado  
lo recibe por remedio.  
Se hizo reo sin delito,  
desesperado en sí mesmo,  
confesando por su boca,  
que él la muerte habia hecho;  
por acabar de una vez  
sus miserias y tormentos.  
Con esta declaracion  
ya los Jueces dispusieron  
que en una horca pagara  
el delito, y á su tiempo  
lo sacaron de la cárcel  
con grande acompañamiento  
de Ministros de Justicia,  
ronca la voz en el pecho,  
triste pálido y lloroso.  
Considérelo el discreto  
de la suerte que estaria  
este Gentil Caballero,  
viéndose blanco afrentoso  
á vista de todo el pueblo,

sin culpa para morir,  
sin alivio ni consuelo,  
ausente de sus parientes:  
quién vió caso mas acerbo!  
Pero el padre de clemencias  
lo libró de tantos riesgos:  
pues sucedió que Don Félix  
con algunos Caballeros,  
por ver al ajusticiado,  
se llegó, y reconociendo  
á su amigo, lo miraba  
con cuidadoso desvelo.  
Mirólo punto por punto,  
sus señales discerniendo;  
y habiéndolo conocido,  
sin dilacion ni recelo,  
por librarlo de la muerte,  
como amigo verdadero,  
rompiendo por el tumulto,  
llegó á la horca, diciendo:  
suspéndase la justicia  
de aqueste inocente reo,  
que yo soy quien dí la muerte  
al hombre que hallaron muerto,  
y no es justo que padezca  
quien no tiene culpa de ello;  
pague yo. que soy la causa,  
el castigo que merezco.  
Admirada la justicia,  
quedaron todos suspensos,  
y el vulgo á la novedad  
se dió todo al sentimiento,  
sus deudos á las tristezas,  
viendo tan gran desacierto.  
Quando otro nuevo accidente,  
por disposicion del cielo,  
aumentó los sobresaltos  
de los lastimados pechos.  
Fue el caso que el delincuente  
causador de tantos yerros,

se hallaba tambien presente,  
y al ver tan raro suceso,  
conociéndose culpado,  
por librar al Caballero,  
y al inculpable Gentil,  
clamó con gritos tremendos,  
diciéndoles á los Jueces:  
bidme y estad atentos,  
Señores, que yo maté  
con osado atrevimiento  
á aquel hombre, y á la iglesia  
lo conduxe, donde creo  
estaba ese desdichado  
pagando tributo al sueño.  
Y pues yo lo he cometido,  
lo pagaré, que los cielos  
así quieren que se haga,  
para que sea escarmiento  
en esta pública plaza,  
sirviendo á todos de egeemplo.  
Suspezióse la justicia  
del Gentil, y con acuerdo  
á la cárcel lo llevaron,  
llevándose á los dos presos.  
Les toman declaraciones  
con madurez y con peso,  
fiscalizando las causas,  
y se aclaró del suceso  
la verdad: con que Don Félix  
con alegría y contento  
salió fuera; y al Gentil,  
vista su inocencia, dieron  
libertad; y al delincuente  
por su bizarría, luego  
le alcanzaron el perdón  
de sus delitos y yerros,  
que el que sus culpas confiesa,  
bien merece ser absuelto.  
Don Félix llevó á su casa  
á su amigo, y con aseó

lo vistió de ricas galas,  
y en todo su igual lo haciendo,  
con todos lo acreditaba,  
regalándolo en extremo.  
Sacábalo á divertir  
por las calles de su pueblo,  
dándole honrosa compañía  
halagüeño y placentero.  
Gustoso el noble Gentil  
se hallaba con gran consuelo,  
disfrutando los favores  
de Don Félix, quando el cielo  
le infundió luz de la gracia  
de nuestro Dios verdadero,  
y olvidando de su secta  
los fementidos tropiezos,  
pidió el agua del bautismo,  
sabiendo bien los misterios  
de nuestra ley sacrosanta:  
con humilde rendimiento  
recibió el agua y el nombre  
de Pablo con santo celo.  
Fue Don Félix su padrino  
con festivos lucimientos:  
y despues por mas honrarle,  
pagando su amor primero,  
lo caso con la hermosura  
de una hermana suya, en premio  
de haber cedido la joya  
que él estaba poseyendo.  
Y de su hacienda le dió  
la mitad; con que vivieron  
en union muy verdadera  
estos amantes perfectos,  
guardándose lealtad,  
hasta que á su vida dieron  
fin, dexándonos memoria  
á los siglos venideros.  
Y Juan Mendez pide á todos  
el perdón de sus defectos.